**EL LEMA**

Los Encuentros y Festivales de la Canción misionera 215, tanto en sus fases diocesanas como en la fase nacional que se celebrará el primer fin de semana de mayo en Vigo, tendrán como lema “Con Jesús, soy uno de ellos”. De esta manera, Cristianos Sin Fronteras se suma y comparte el trabajo de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera para hacerlo extensible a toda la comunidad que canta a la misión.

**OBJETIVOS**

La propuesta de trabajo a la hora de preparar la letra y la música de la canción, así como la reflexión hacia la que deben ir encaminadas las catequesis preparatorias, la planteamos desde tres ideas. Y te proponemos hacerlo dándole la vuelta al lema, empezando por el final:

* UNO DE ELLOS. La universalidad de la fe nos hace hijos de un mismo Dios, somos iguales ante los ojos de nuestro Padre. Diferentes, pero hermanos. Con culturas, lenguas y razas distintas, pero unidos en un mismo corazón. Como señala el director de Obras Misionales Pontificias, Anastasio Gil, “en los planes de Dios, no hay acepción de personas”. “Uno de ellos” se presenta como una invitación a que nuestras canciones sean un canto a la riqueza de la diversidad, que desde hace unos años se ha hecho más visible en nuestro país, pero a la que hemos podido poner rostro mucho antes gracias a la labor de los misioneros, que siempre son puente para mostrarnos que más allá de las fronteras, aquí y allá nos une la alegría de reconocernos como “uno más” en el conjunto de esa humanidad, invitándonos a colaborar para que todos los niños, todos los hombres y mujeres, tengan las mismas oportunidades. Somos corresponsables de lo que viven nuestros hermanos que sufren la persecución en Siria, que se enfrentan al ébola en Sierra Leona, que viven en las periferias de la Cañada Real. Mediante la oración y nuestro compromiso con la misión de la Iglesia estamos con los más frágiles, con los excluidos, a su lado, estamos llamados a edificar con ellos una sociedad más justa. Se busca romper con la dinámica de unos ayudan y otros son ayudados: todos juntos construimos desde nuestra realidad un mundo nuevo.
* CON JESÚS SOY. Es Cristo quien da verdadero sentido a ese sentimiento de fraternidad y lo transforma en esencia de nuestra vida. Es precisamente Jesús quien, desde el bautismo, nos hace sentirnos amigos y hermanos del que está lejos. Gracias al bautismo, damos el salto para ser misioneros, para compartir con ellos la Buena Noticia. “Con Jesús, soy bautizado, soy misionero”. No es una invitación, como bautizados es un imperativo construir el Reino de Dios, las Bienaventuranzas como Buena Noticia que tiene que llegar a todos. Es Jesús quien nos invita a construir un Mundo Nuevo, quien nos llama a dar el salto de ver un mundo global en el que todos somos iguales, a formar una verdadera familia con “ellos”. Nos lo recuerda el Papa Francisco cuando nos llama a ser una “Iglesia en salida”: sólo desde la comunidad, desde el trabajo y la oración en común podemos hacerlo realidad.

Dos ideas clave pueden resumir esta explicación del lema que te invitamos a cantar:

* Con Jesús, somos bautizados, somos misioneros, llamados a construir un Mundo Nuevo más justo y humano.
* Con Jesús, somos familia. Diferentes, pero hermanos. Y, por lo tanto, corresponsables. Llamados a ser comunidad que reza y trabaja por los otros.

**PARA REFLEXIONAR**

Como punto de partida para meditar estas líneas de trabajo, te proponemos dos textos. Por un lado, te invitamos a orar con la Palabra, a través de la carta de San Pablo a los Gálatas, en la que se nos recuerda que todos somos hijos de Dios por la fe.

Tras meditar la palabras, te mostramos varios extractos de la exhortación apostólica Evangelii Gaudium, en la que el Papa Francisco apunta hacia dónde tiene que ir nuestro impulso evangelizador y concreta con dureza quienes son “ellos”, quienes son nuestros hermanos que más nos necesitan hoy. La lectura comunitaria del texto papal puede ser el punto de partida para un diálogo: ¿cómo está de salud nuestro impulso evangelizador? ¿Es mi comunidad una Iglesia en salida? ¿Es la misión “un adorno que me puedo quitar” o me considero verdaderamente “uno de ellos”?

* Gálatas 3, 22-29

“Hermanos: La Escritura presenta al mundo entero prisionero del pecado, para que lo prometido se dé por la fe en Jesucristo a todo el que cree. Antes de que llegara la fe estábamos prisioneros, custodiados por la ley, esperando que la fe se revelase. Así, la ley fue nuestro pedagogo hasta que llegara Cristo y Dios nos justificara por la fe. Una vez que la fe ha llegado, ya no estamos sometidos al pedagogo, porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y, si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos de la promesa”.

* Evangelii Gaudium

“La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. *1 Jn* 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos”. (EG 24).

“Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que «no tienen con qué recompensarte» (*Lc* 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio»,52 y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos”. (EG 48)

“Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. *Mt* 25,40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo «exitista» y «privatista» no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida”. (EG 209)

“Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (*Gn* 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda”. (EG 211)

“La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo”. (EG 273)

“Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es *inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega*. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!”. (EG 274)